



Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VI - Nº 65 Septiembre de 2023

*Bajo la custodia
de los Ángeles*

Maravilla nacida entre las espinas

Se habla mucho de la belleza de la rosa, pero hay una flor que rivaliza con ella en hermosura y tal vez sea más bonita: la flor del cactus.

El cactus es una planta horrenda: generalmente tosca, con espinas, sin perfume ni forma definida, una especie de animal antediluviano en el reino vegetal. Pues bien, de eso brota esa belleza de flor.

Así también son las grandes vocaciones. Ellas nacen de sufrimientos inenarrables, decepciones tremendas, reveses que se cruzan, derrocadas inesperadas.

En medio de todo, a la manera de la flor del cactus que florece entre las espinas, va surgiendo una maravilla que es la vocación, cuyo éxito no se debe a ningún mérito humano, sino a Nuestra Señora.

(Extraído de conferencia de 3/6/1939)



Sumario

Vol. VI - No. 65 Septiembre de 2023



En la portada,
Dr. Plinio en 1994

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

- SEGUNDA PÁGINA**
- 2 *Maravilla nacida entre las espinas*
- EDITORIAL**
- 4 *Una devoción preciosa*
- PIEDAD PLINIANA**
- 5 *Oración para el apostolado*
- DOÑA LUCILIA**
- 6 *Un alma en unísono con los designios de Dios*
- DR. PLINIO COMENTA...**
- 8 *Manifestaciones del castigo de Dios*
- HAGIOGRAFÍA**
- 17 *Señal del abandono divino*
- ECO FIDELÍSIMO DE LA IGLESIA**
- 20 *Confianza en la victoria*
- SANTORAL**
- 26 *Santos de Septiembre*
- REFLEXIONES TEOLÓGICAS**
- 28 *Misión profética de los tres Arcángeles*
- LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA**
- 32 *¿Sólo el arte sacro puede ser cristiano?*
- ÚLTIMA PÁGINA**
- 36 *Regina Angelorum*
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 
- 

Una devoción preciosa

San Miguel es uno de los siete espíritus que asisten al trono del Altísimo. Por tanto, uno de los principales de la Corte celestial y uno de los ministros a quien el Creador dio poderes más extraordinarios para auxiliar a los elegidos en sus luchas.

El Profeta Daniel lo llama “uno de los más ilustres Príncipes” y “Príncipe protector de los judíos” (cf. Dn 10, 13.21), o sea, del pueblo escogido como depositario de la verdadera Fe, especialmente amado por Dios y objeto de sus más vivos cuidados. La custodia, pues, del pueblo del cual debería nacer el Salvador había sido entregada a San Miguel. Solo eso ya revela su dignidad y poder. Hoy, la custodia de todas las tradiciones y prerrogativas del pueblo elegido es la Iglesia. Heredando todos sus dotes, Ella naturalmente recibe además esa gracia.

Enemigo de la mentira y del orgullo, San Miguel venció al demonio cuando éste, a pesar de ser un espíritu elevadísimo, se reveló contra Dios. Tal lucha se perpetúa y, por tanto, esa parte de su misión es permanentemente actual.

Como Lucifer no puede tener más la pretensión de igualarse a Dios, ni siquiera de luchar directamente contra Él, busca vengarse en las criaturas que constituyen el objeto del divino amor. Pero la consciencia del hombre es un lugar secreto, conocido solo por el propio Dios. Así, el demonio habitualmente no puede percibir cuál sea nuestro estado de espíritu, sino por las apariencias exteriores. Echa mano, pues, de los medios más astutos para seducirnos, de los movimientos más sutiles, más secretos, de las actitudes aparentemente más dignas y respetables, escondiendo su malicia y presentándonos ventajas en las pequeñas capitulaciones que hagamos. Ese fue siempre su papel, desde que vio su fuerza, incomparablemente superior a la de los hombres, cercenada por el Creador de todas las cosas. No pudiendo vencernos en lucha abierta, puesto que nos defiende el Todopoderoso, usa de su astucia mala para dominarnos poco a poco.

La misión de San Miguel de mantener subyugado al demonio y de defendernos contra sus embustes es de todos los tiempos. Antes de la venida de Cristo a la Tierra, el pueblo hebreo era el escogido porque conservara mejor las tradiciones monoteístas heredadas de nuestros primeros padres. Todo ese tesoro celosamente guardado en el seno de un pueblo por tantos siglos, fue completado, y de modo definitivo, con la llegada del Salvador. Por tanto, ese nuevo orden establecido por el propio Verbo Divino encarnado es incomparablemente superior al precedente, exigiendo de su celestial protector mucho más desvelo. Ahora bien, si una violación de la Ley antigua era tan grave que, no raras veces, Dios castigaba de forma inmediata a quien la cometiese, cuánto más grave es cualquier atentado contra la Nueva Ley, aunque el castigo no sea tan repentino y violento.

Siendo así, hoy San Miguel Arcángel tiene mucho que hacer contra el paganismo moderno, ya sea que se manifieste bajo la forma de un agnosticismo pedante e incoherente, o de una mitología inferior, o aún de un estatismo que restringe la finalidad humana a un complemento del Estado, reduciendo el hombre a una pieza anónima, integrante del gran todo y dócil objeto de su orgullo.

Grande es el poder de los espíritus celestiales, principalmente del Arcángel San Miguel, cuya misión es tan relevante. La devoción a los Santos Ángeles no está muy difundida entre nosotros, sin embargo, ella es preciosa, pues además de poderosísimos, ellos tienen la incumbencia de protegernos de manera especial. Por tanto, en este momento en que, tal vez como nunca, el día de mañana se presenta incógnito, sería espléndido cultivar con más cariño una devoción tan señalada.*

* Cf *O Legionário* n 367, 24/9/1939



DECLARACIÓN: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



Flávio Laurencço

La Virgen – Iglesia de San Felipe Neri, Barcelona, España

Oración para el apostolado

Oh Corazón Inmaculado de María, os suplico que, durante esta visita, realizada a fin de atraer almas para vuestro Divino Hijo, mováis mi alma de manera que yo sólo diga, haga y tome actitudes que Vos queréis.

Preparad a las almas para recibir mi visita, alejad de ellas a los demonios, enviad a los Ángeles y escuchad las oraciones de los Santos patronos de ese lugar y de las personas que se encuentran en él.

Oh Señora mía, actuad sobre aquellos que más especialmente deseáis llamar para vuestra familia de almas, de manera que, con firmeza, presteza y generosidad acudan a vuestra gracia.

Sobre todo, alejad de mí cualquier amor propio delante de los éxitos y de las derrotas que pueda sufrir.

Santo Ángel de mi Guarda y Santos protectores míos, terminada la visita, hacedme ver las fallas que cometí, deplorarlas y corregirlas. Obtenedme el perdón de mis faltas y libradme del desánimo o de las agitaciones del optimismo.

Y Vos, oh Madre mía, dadme vuestra bendición, vuestro perdón, vuestro afecto, vuestra paz y vuestra indomable fuerza de alma, para que yo actúe siempre más y venga a nosotros vuestro Reino. Amén.

(Compuesta el 23/10/1971)



Un alma en unísono con los designios de Dios

En la convivencia con Doña Lucilia, el Dr. Plinio sentía una profunda consonancia, adaptación y adecuación entre su modo de ser y el propio orden que en ella había. Ella estaba verdaderamente en orden con los designios de Aquel que la creó.

El unum en el alma de Doña Lucilia

Es imposible conocer a Doña Lucilia más de lo que yo la conocí, por más tiempo y más de cerca. En la conviven-

cia con ella, yo pensaba: “¿Debido a cuál cualidad de mi madre yo me siento tan vinculado, tan unido a ella?”

Llegué a la conclusión de que se trataba de una forma de seriedad sumamente suave, bondadosa, que va

hasta el fondo de las cosas, muy objetiva, de quien no quiere ilusionarse con fantasías, ve la realidad como ella es, y construye un sistema, un castillo de concepciones sobre esta vida y la otra, así como también con respecto a la Iglesia. Eso, en cuanto modelando su espíritu, constituye la mentalidad de Doña Lucilia, formando un *unum* suave, dulce, delicado, fino y fuertísimo.

Lo que más me unía a ella era el conjunto de esas cualidades en cuanto brillando en lo que, metafóricamente, serían los pétalos y no la corola de su espíritu, o sea, las múltiples virtudes a las cuales se unía ese punto central.

La comparación terminaría por ser muy común y corriente, de una flor con su corola y sus pétalos. La corola correspondería a ese conjunto de cualidades arriba mencionadas. Los pétalos serían las varias virtudes individuales: buena hija, hermana, esposa, madre, en fin, ama de casa eximia. Sin embargo, el elemento de donde emanaba el perfume y en el cual se afirmaban todos los pétalos para constituir un *unum* era ese punto central.



Archivo Revista

Principal acción del demonio sobre el alma humana

Las antipatías o indiferencias que ella suscitaba se daban por causa de ese punto que los espíritus de las tinieblas no quieren comprender, pero antipatizan y odian. El demonio no quiere que veamos, en una misma persona, el extremo de la afectividad y el extremo de la rigidez.

Una de las acciones fundamentales del demonio consiste en borrar en el fondo de los espíritus la distinción, con entera agudeza, entre la verdad y el error, el bien y el mal, lo bello y lo feo. Antes de introducir sus bobadas y sus errores, comienza por borrar esas diferenciaciones en el alma. Hay culpa en dejar que eso se borre, pero es el demonio quien lo propicia.

Esa confusión Doña Lucilia no la tenía, pues en su espíritu todo era bien definido.

En cierta ocasión, cuando aún era niña, mi madre fue llevada a visitar una familia donde, después de cenar, los invitados se reunieron en torno a la mesa para realizar una sesión espiritista. Como los niños estaban cerca, ella también se quedó.

La sesión consistía en que una persona, provista de papel y bolígrafo, se mantenía inmóvil mientras un espíritu actuaba sobre ella, utilizándose de su mano para transcribir mensajes. Y ya en el inicio, el espíritu que movía el brazo de aquella persona dijo: “Saque de aquí a la bobita de Lucilia, como condición para que yo hable.”

La presencia de un alma inocente ahuyenta a los espíritus malignos

El principio es el siguiente: ahuyenta al demonio el hecho de que



Archivo Revista

esté presente una persona cuya virtud es muy categórica, muy sobresaliente, que contraría sus defectos.

En el caso de Doña Lucilia, su gran rectitud, inocencia, firmeza, lógica y coherencia de alma no podrían dejar de desagradar al demonio, pues este es el espíritu de la confusión, de las tinieblas y de toda forma de horror. Entonces, él quedaba muy incómodo para hablar en presencia de ella.

Eso explica muy bien la influencia y la educación transmitidas por mi madre, y el ambiente que ella creaba, que era el más propicio posible para esa buena influencia.

A propósito, desde niño yo percibí esa acción de mi madre, más o menos como una persona se da cuenta de que dar limosna es un acto bueno, o sea, con tanta naturalidad que ni siquiera se puede decir propiamente “darse cuenta”, pues esto supondría un esfuerzo para notar al-

go no fácilmente visible. No se trata de eso.

Profunda consonancia de alma entre madre e hijo

Los recuerdos más remotos que tengo de ella se confunden en el pasado. Sin embargo, hay sensaciones inconfundibles. Por ejemplo, cuando uno fue llevado en el regazo por una persona y, aunque no recuerde más su forma de arrullar, se sabe que era parecida con el modo de ella exhalar su último suspiro. Vemos una continuidad que nos remite a los primeros orígenes.

Lo que yo sentía siempre en el contacto con Doña Lucilia era una profunda consonancia, adaptación y adecuación entre su modo de ser y el propio orden que en ella debía de haber. En otras palabras, ella estaba verdaderamente en orden con los designios de Aquel que la creó.

Resultaban de ahí dos impresiones, confusas en el espíritu de un niño, pero reales. La primera era: mucho de ese orden que veo en ella corresponde a mí también, por la gran consonancia que tengo con ella. Es explicable, pues soy su hijo. La segunda: hay en ella alguna cosa individual que no me es indiferente, porque comprendo cómo es bello que alguien esté en orden consigo mismo. Por lo tanto, trataré de estar en orden con aquello que es propiamente mío.

Yo me daba cuenta de que mi madre notaba eso y recíprocamente se agradaba mucho, lo cual formaba una armonía y un buen contacto, de los más apacibles y benéficos para mi formación de católico. ❖

(Extraído de conferencias del 29/6/1981, 10/8/1982 y 31/7/1994)



Manifestaciones del castigo de Dios

Consumado por los hijos de Satanás, el pecado de Revolución excede en gravedad y amplitud a los cometidos en la Torre de Babel, en Sodoma y Gomorra, que merecieron el terrible castigo divino. En nuestros días, el mal circunscribió y dominó todo, haciendo la situación cada vez más insoportable para los buenos.

En el lenguaje empleado hasta hace poco tiempo, cuando se quería decir que un lugar era de desorden, caos, se afirmaba que era una verdadera Babel. No sé si la expresión se conserva hasta hoy, en que tantas cosas han caído, pero es muy razonable e indica cuanto quedó en la memoria de los hombres y permanecerá hasta el fin del mundo el recuerdo del castigo de la torre de Babel.

¡Con qué palabras tan precisas la Sagrada Escritura nos relata es-

te castigo! La narración es al mismo tiempo majestuosa, simple, corta y suculenta, reuniendo perfecciones, en apariencia opuestas, que la Palabra de Dios fácilmente –porque para Él todas las maravillas son fáciles– pone al alcance del hombre.

Un mandato de Dios

El hecho histórico narrado es el siguiente: los pueblos tenían el mandato, concedido por el Creador, de ocupar la Tierra entera. Vinieron ca-

minando de Oriente hacia Occidente y, en determinado momento, entendieron que necesitaron dispersarse. Eran tan numerosos que naturalmente se dividieron en varios pueblos, deberían ocupar la Tierra y conquistar riquezas y espacios nuevos. La población era ciertamente demasiado grande para la tierra efectivamente poseída hasta entonces. En vez de hacer una reforma agraria, decidieron dispersarse, y nadie juzgó eso como una tiranía ni una tragedia, era la

saludable y gloriosa expansión de los pueblos por la Tierra.

Efecto psicológico causado por un invento

A ese hecho —que estaba en los designios de la Providencia, era una orden de Dios— se asoció un estado de espíritu malo, y de ahí vino todo el resto.

Hicieron un invento que puede haber causado en su espíritu un efecto psicológico parecido al de todos los inventos posteriores de los hombres. Cuando inventan algo —en el orden de la naturaleza, de las cosas materiales— se aplica a la creación hecha por Dios la inteligencia que el Creador le dio, y descubren algo más que no estaba accesible a la inteligencia de sus antepasados, permitiéndoles un mejor modo de vivir.

El invento promueve al hombre a sus propios ojos porque se hace más señor de la tierra, más eminente, más rey. Y naturalmente esto le da una cierta

ebriedad, en razón de la cual puede tomar un tal encanto por la vida que fácilmente se olvida de Dios, y hasta incluso puede pasar por su mente desafiar al Creador. Y éste es el fenómeno que sucede con el progreso moderno, entre el hombre de hoy y Dios.

El hombre actual realiza con frecuencia nuevas invenciones por las cuales se juzga llevado al auge y se siente dignificado, pero al mismo tiempo tiene la tendencia de olvidar y desafiar al Creador. Él es quien lo descubrió, lo hizo y se organizó... Dios no intervino en nada.

Procedimiento moral de los hombres frente a los inventos

A juzgar por el texto bíblico, esto sucedió con un invento bastante modesto, para nosotros tan simple, que nos lleva a sonreír, pero para ellos muy importante: el ladrillo.

Podemos imaginar en los tiempos en los que las casas eran hechas de piedra, el trabajo que debían dar pa-

ra construir las. No tenían dinamita para despedazar las rocas. Las piedras eran quebradas con mucho trabajo, transportadas con esfuerzo, dejando naturalmente brechas que no conseguían tallar exactamente. Usaban bloques colosales, probablemente para evitar muchos transportes.

De repente, descubren una piedra blanda, el ladrillo, que la hacen del tamaño que quieren, y lo producen cerca del lugar donde se va a hacer la construcción, la cual levantan fácilmente y con rapidez. El arte nació.

Como tantas veces sucede, cuando el hombre inventa un proceso nuevo, éste es práctico, pero más ordinario. El invento más reciente conduce a algo más vulgar.

Hay palacios magníficos contruidos con ladrillos, basta pensar en Versalles. Se podrían mencionar cientos o miles de otros, pero sin duda alguna aquello que es edificado con piedra tiene otra grandeza.

Se inventa una cosa más fácil, más rápida, más barata, más ordina-



Lot, con sus hijas, huyendo de Sodoma – Museo de Bellas Artes de Estrasburgo. Francia



ria, y los hombres se alegran. A partir de este momento, entra el pecado, el castigo. Es el gráfico de procedimiento moral de los hombres frente a tantas ocasiones en las que encuentran el progreso.

Casi estaríamos tentados a decir que todo progreso material es una ocasión de tentación. Y sería mejor que no existiese progreso material para que no hubiera tentación. Raciocinio simplista... En la Edad Media, los progresos materiales fueron incontables. Hace algunos años leí una lista en la que la famosa historiadora Elaine Sanceau¹ presenta los progresos materiales ocurridos en esta época. Sin embargo, los hombres no se enorgullecían, tenían espíritu de fe y eran buenos católicos.

Les faltó ese fervor a los hombres en el momento de la dispersión de la Torre de Babel. El castigo vino. Ahora veremos cómo sucedió.

De una conmemoración grandiosa...

“Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras. Y sucedió que, cuando salieron de Oriente, hallaron una llanura en la

tierra de Sinar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillos cocidiéndolos a fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de la piedra, y el asfalto en lugar de la argamasa” (Gn 11, 1-3).

No tuve tiempo de ver qué dicen los exegetas, pero me parece que en ese momento inventaron el ladrillo.

“Y dijeron: Vamos, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra”. (Gn 11, 4).

Tenían por lo tanto el propósito de hacer una ciudad magnífica para los que permaneciesen ahí. Éstos tendrían dos ventajas: no necesitarían realizar un viaje y se quedarían viviendo en una ciudad con una gran torre conmemorativa.

Para la humanidad, antes de dispersarse, el hacer una enorme torre era una bonita idea, mucho mejor que la de esas placas conmemorativas que se ponen en todo lugar. Una torre de conmemoración es una cosa magnífica. ¡Qué grandeza! ¡Qué discernimiento!

Sería un monumento venerado en toda la Tierra. ¡Quién sabe si posteriormente se encontraría allí un ladri-

llo conteniendo la narrativa —escrita o por lo menos dibujada— de la dispersión, con marcas características de los jefes de los principales pueblos! Formaría parte de la Historia Sagrada y se convertiría en un lugar de peregrinación. La Iglesia, que ama todo el pasado, habría construido capillas magníficas dentro de esa torre.

... a un desafío insolente contra Dios

Pero no hablan en dar a la torre el significado de un monumento de agradecimiento a Dios, por haber desarrollado el género humano, hasta que llegase el tiempo de dispersarse y conquistar la Tierra. Simplemente dicen que pretendían engrandecerse a sí mismos. ¿Cómo? Llegando hasta el cielo...

Es algo completamente ridículo, porque sabemos que el cielo es inalcanzable. Es una idea orgullosa, el gráfico del progreso.

Entonces Dios dice lo siguiente:

“Y descendió Yahveh para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres” (Gn 11, 5).

El modo de expresarse es muy interesante, para dar a entender que que



el Creador tenía la atención puesta sobre la conducta de los hombres.

“Y dijo Yahveh: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer” (Gn 11, 6).

Es decir, ellos eran pertinaces. Dios veía que iban a hacer por lo menos una torre altísima como un desafío insolente a Él. Las gracias no los cambiarían, estaban decididos.

“Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda la lengua del compañero” (Gn 11, 7-8).

O sea, embriaguez con el progreso, ateísmo. Resultado: Confusión, dispersión.

Yo me pregunto: ¿Es diferente de lo que sucede en el mundo de hoy? Es exactamente esto: confusión general en todo y dispersión. Los hombres, juzgando la Tierra insuficiente para en ella vivir, hasta intentan pasar a otros planetas: Conquistar, saber cómo es, pero en el mundo reina el caos, la dispersión, la confusión. Aún más: en la Iglesia Católica la más terrible confusión. Las “lenguas” se hicieron diferentes.

Aquella despedida podría haber sido en orden, fraterna: Todos esta-

rían cansados por haber inmolado a Dios incontables víctimas. Entonces una luz del cielo bajaría sobre esas víctimas, iluminando todo el campo e indicando el camino de los varios pueblos. Ellos, sin embargo, ciertamente partieron peleados unos con otros y en un frenesí de malestar, de conquista, de dominación que mar-

có con una nota de agitación e inquietud toda la Historia Universal.

Es inútil hacer una ONU para arreglar esto. Porque solo se arregla con una penitencia, una verdadera enmienda de corazón a Dios Nuestro Señor.

Tenemos, así, una narración ilustrativa de cómo son las vías del Creador cuando Él castiga.



Construcción de la Torre de Babel - Museo Real de Bellas Artes de Bruselas, Bélgica



Flávio Lourenço



Abraham recibe a los tres Ángeles – Galería Nacional de Ottawa. Canadá

Dignidad patriarcal que tiene perfume de incienso

Podemos pasar a otra narración bíblica.

“Después le apareció Yahveh en la encina de Mambré, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra, y dijo: Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo. Que se traiga ahora un poco de agua, y lavad vuestros pies; y recostaos debajo de un árbol, y traeré un bocado de pan, y

sustentad vuestro corazón, y después pasareis; pues por eso habéis pasado cerca de vuestro siervo. Y ellos dijeron: Haz, así como has dicho”. (Gn 18, 1-5).

Todo es interesante en esa escena y reconstruye las costumbres antiguas. Tan simple, pero con una nota de dignidad patriarcal que tiene un penetrante perfume de incienso, que no sé cómo calificar.

En aquel tiempo, los caminos eran muy inseguros. No había propiamente carreteras, nada que pudiera hacer recordar ni de lejos a una autopista, eran atajos, veredas medio trazadas por los animales y por otros hombres que la habían recorrido, ningún hotel.

La persona, por lo tanto, se hospedaba en las casas por las que pasaba. Y el viajero era considerado, en cuanto tal, un carente, para usar el lenguaje de hoy, un necesitado. Porque no podía viajar llevando las maletas cómodamente una que otra vez elegantes, que se usan hoy en día, con todos los recursos con que se consigue transportar, con los medios de locomoción modernos. Una persona a veces necesitaba andar dos o tres días, comiendo y bebiendo mal, durmiendo a la intemperie, con el peligro de caer una tempestad. Resultado: cuando llegaba a algún lugar estaba exhausta, casi en una condición de mendigo. Enton-

ces cualquier dueño de casa tomaba como punto de honor tratar muy bien a los que pasaban.

Pero como Dios quería que se tratase a los pasantes como si fuesen Él mismo, los viajeros eran considerados emisarios del Creador, mandados por Dios. Por lo tanto, era necesario recibirlos como un regalo del Omnipotente.

La escena es pintoresca: Abraham, en el calor del día, sentado junto a su tienda. Pasan tres hombres, gran novedad en el silencio y en la soledad de la vida de aquel tiempo. Abraham corre en dirección a ellos y no dice lo siguiente: “Si queréis entrar un poco, estad a gusto”; él, por el contrario, afirma: “Por favor, entrad. Vosotros sois emisarios de Dios, no paséis por la casa de vuestro siervo sin deteneros.” O sea: “Yo soy siervo de los que pasan por aquí, según los designios de la Providencia. Descansad, reponeros, os quiero ayudar.”

Las formas francesas de cortesía todavía no estaban en uso, la *doucer de vivre*² no había florecido como en los siglos XVI, XVII y XVIII. La respuesta es muy simple: “Haz como dijiste.”

Dios expone a Abraham las razones de la destrucción y el Patriarca intercede por los justos

Se levantaron de allí aquellos hombres y tomaron hacia Sodoma, y Abraham los acompañaba de despedida. Dijo entonces Yahveh: “¿Por ventura voy a ocultarle a Abraham lo que hago, siendo así que Abraham ha de ser padre de un pueblo grande y poderoso, y se bendecirán por él los pueblos todos de la tierra?” (Gn 18, 16-18).

Para hacer la voluntad de Dios, Abraham caminaba con esos hombres rumbo a Sodoma, porque le dijeron que irían allá. Y el Creador, teniendo un designio con relación a esa ciudad, juzgó que era cordial contarse-

lo a Abraham, tan dilecto suyo, padre de un pueblo que se tornaría numerosísimo y poderosísimo, pero sobre todo antepasado del Mesías. Está dicho en el texto: “Padre de aquel en el cual serán bendecidas todas las naciones”, o sea, Nuestro Señor Jesucristo.

Y hablando consigo mismo, Dios añadió:

“Porque yo le conozco y sé que mandará a sus hijos y a su descendencia que guarden el camino de Yahveh, practicando la justicia y el derecho, de modo que pueda concederle Yahveh a Abraham lo que le tiene prometido” (Gn 18, 19).

Es un modo de decir que Dios conversa así consigo mismo, para exponer los designios de su Sabiduría, las razones por las cuales Él actuó. Y son expuestas de un modo muy bonito y noble de esta manera:

Dijo, pues, Yahveh: “El clamor de Sodoma y de Gomorra es grande; y su pecado gravísimo. He aquí que voy a bajar personalmente, a ver si lo que han hecho responde en todo al clamor que ha llegado hasta mí, y si no, lo sabré.” (Gn 18, 20-21)

Ese lenguaje imita el del hombre. Es como un Rey que vive en lo alto

de un monte, abajo hay una aldea y le cuentan que en ella se hacen orgías de toda clase. Un bello día, él dice: “Voy a la aldea para saber. Si es algo malo, lo castigo; si no es, habré tomado conocimiento.”

En un lenguaje análogo, es descrito entonces que Dios baja hasta Sodoma y Gomorra, y comenta eso con Abraham.

Y marcharon desde allí aquellos individuos camino de Sodoma, en tanto que Abraham permanecía parado delante de Yahveh. Lo abordó Abraham y dijo: “¿Así que vas a borrar al justo con el malvado?” (Gn 18, 22-23).

Abraham se dio cuenta de que Sodoma iba a ser destruida. Hizo una oración en favor de los hubiesen buenos allí y dijo: “Pero en la ciudad debe haber gente buena... ¿Tú perderás al justo con el impío?” Como quien afirma: “¡Ten compasión del justo!”

Y continuó:

Insistió: “Vaya, no se enfade mi Señor, que ya solo hablaré esta vez: ¿Y si se encuentran allí diez?” (Gn 18, 32a).

Él está abogando: Si hay por lo menos diez, ¿no se salvará la ciudad?



Los tres ángeles en la casa de Abraham – Museo de Bellas Artes de Arras, Francia



Gabriel K.



Abraham – Iglesia de la Santa Cruz, Lazio, Italia

Y el Señor dijo: “Tampoco haría destrucción, en gracia de los diez”. Partió Yahveh así que hubo acabado de conversar con Abraham, y este se volvió a su lugar. (Gn 18, 32b-33).

Hospitalidad de Lot

Los dos ángeles llegaron a Sodoma...

Aquellos hombres eran ángeles. Habían hecho muñecos, probablemente para dar la idea de que eran hombres. Ellos bajaron y llegaron a Sodoma.

Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma.

Las ciudades eran muy estrechas, porque dentro de ellas era necesario que cupiese la mayor población posible, para resistir en caso de un cerco. Calles estrechas, casi no había jardines, sino claustros internos en las casas, de manera que era un tanto sofocante vivir en la ciudad. En época de paz, sus puertas quedaban abiertas, y entonces las personas que querían tomar un poco de frescor en la tarde, se sentaban del lado de afuera de la ciudad viendo el campo; era un modo de respirar. Y Lot estaba sentado del lado de afuera de la ciudad, cuando llegaron los ángeles.

Al verlos, Lot se levantó a su encuentro y postrándose rostro en tierra, dijo: “Ea, señores, por favor, desviaos hacia la casa de este servidor vuestro. Hacéis noche, os laváis los pies, y de madrugada seguiréis vuestro camino.” Ellos dijeron: “No, haremos noche en la plaza.” Pero tanto insistió con ellos, que al fin se hospedaron en su casa. Él les preparó una comida cociendo unos panes cenceños y comieron (Gn 19, 1-3)

La misma hospitalidad que había tenido Abraham la tiene Lot hacia los extranjeros que llegan. Él no sabía que eran ángeles.

Obstinación de los malditos que deliraban por el pecado

No bien se habían acostado, cuando los

hombres de la ciudad, los sodomitas, rodearon la casa desde el mozo hasta el viejo, todo el pueblo sin excepción. Llamaron a voces a Lot y le dijeron: “¿Dónde están los hombres que han venido donde ti esta noche? Sácalos, para que abusemos de ellos.” Lot salió donde ellos a la entrada, cerró las puertas detrás de sí, y dijo: “Por favor, hermanos, no hagáis esta maldad.” (Gn 19, 4-7).

¡Vean bien el tamaño del pecado! Cuesta creerlo, pero esta es la narración. Siendo la ciudad pequeña, se supo que habían llegado extranjeros, porque eso se convertía en un acontecimiento. Entonces fueron a la casa de Lot a verlos. Naturalmente, el aspecto material que habían tomado esos ángeles era hermoso, lo cual hizo que el pueblo delirase de sensualidad.

Debilidad de Lot frente al castigo

Los dos ángeles dijeron a Lot:



Lot en la puerta de su casa

Divulgação (CC3.0)



La destrucción de Sodoma – Museo de l’Oise, Beauvais. Francia

Los hombres dijeron a Lot: “¿A quién más tienes aquí? Saca de este lugar a tus hijos e hijas y a quienquiera que tengas en la ciudad, porque vamos a destruir este lugar, que es grande el clamor de ellos en la presencia de Yahveh, y Yahveh nos ha enviado a destruirlos.”

Salió Lot y habló con sus yernos, los prometidos de sus hijas: “Levantaos, dijo, salid de este lugar, porque Yahveh va a destruir la ciudad.” Pero sus yernos le tomaron a broma (Gn 19, 12-14).

Es decir, a pesar de todo, los propios yernos de Lot, viendo la ciudad ciega, no atinaban con la gravedad de la situación.

Al rayar el alba, los ángeles apremiaron a Lot diciendo: “Levántate, toma a tu mujer y a tus dos hijas que se encuentran aquí, no vayas a ser barrido por la culpa de la ciudad.” (Gn 19, 15).

Parece que el buen Lot estaba medio flojo. Y a pesar de que él era un buen hombre, Dios lo amenazó

de muerte porque no quería romper con la ciudad pervertida. ¡Ay de los que no quieren romper con las ciudades pervertidas!

A veces le decimos eso a la gracia: “Yo quiero romper, pero no tanto. Voy a vivir lejos de la Revolución, pero medio cerca, para dar unos vistazos a fin de saciar un poco las saudades; quiero tener algo en común con la Revolución.”

Las malas saudades llevan a la falta de integridad de alma

Entonces Yahveh hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego que descendían del cielo. Y arrasó aquellas ciudades, y toda la redonda con todos los habitantes de las ciudades y la vegetación del suelo. Su mujer miró hacia atrás y quedó convertida en estatua de sal (Gn 19, 24-26).

Mirar hacia atrás significa evidentemente que ella tuvo saudades, apego, quiso detenerse un poco y quedó, naturalmente, transformada en una estatua de sal. ¡Ay de aquellos entre nosotros que, durante los castigos, tengan saudades de esta época!

Así comprendemos lo que esas malas saudades pueden traer y qué integridad de alma se debe tener, para no querer de ningún modo tener nada en común con el mundo. No ser de aquellos que, como los judíos que huyeron de Egipto, cuando llegaron al desierto, tuvieron saudades de las cebollas.

¿Nuestra alma en la vida cotidiana está tan exenta de cualquier admiración por las cosas del mundo contemporáneo, que ella realmente no se alegrará con saudades cuando entre en el Reino de María? Es un examen de conciencia que debemos hacer.



El pecado de Revolución es de todo el género humano

En el pecado de Adán hay un aspecto que nos ilustra a ese respecto. Adán era el único hombre —él y Eva, el único matrimonio—, pero en él estaba contenido todo el género humano, de manera que su pecado fue, bajo cierto punto de vista, un pecado del género humano tomado como un todo. Y de ahí el castigo para todo el género humano.

El pecado de Sodoma y Gomorra fue gravísimo, llegando hasta el delirio, pero de dos ciudades y no del género humano entero, no teniendo, por lo tanto, la gravedad delante de

Dios de ser un pecado de todo el género humano.

Sin embargo, en nuestros días el pecado de Revolución es de todo el género humano.

Hasta el fin del siglo XIX más o menos, dando una fecha un poco arbitraria, muy imprecisa, todavía había muchos pueblos que no estaban enteramente en el pecado de Revolución. El pueblo japonés sería uno de esos; había pecado de otra manera, a otro título, pero no había cometido el pecado específico de haber abandonado la Religión Católica y asumido la posición gnóstica e igualitaria opuesta a ella.

El pecado de Revolución todavía no se había vuelto, por lo menos en

cierto sentido, enteramente universal. Todo el mundo era pecador, pero no del pecado de Revolución.

Con la expansión de las dos superpotencias después de la II Guerra Mundial, pero sobre todo de la URSS, los lugares más distantes se impregnaron de la influencia de ellas hasta el último punto. El Japón con la americanización prodigiosa; otros lugares de Oriente Próximo, Medio y Lejano, por la comunización.

Pero el pecado de Revolución hoy es geográficamente mundial, y a ese pecado se va adhiriendo el mundo entero. Pecado mucho mayor como gravedad y literalmente universal. Y la obra que los misioneros católicos no pudieron conseguir lleva a cabo, porque la crisis interna de la Iglesia determinó un retraimiento de las misiones por toda parte, la Revolución la realizó. Entonces ese pecado fue consumado por los hijos de Satanás, y en la Tierra el mal rodeó todo, circunscribió todo y dominó todo.

En aquel tiempo, a pesar del pecado, Abraham vivía tranquilo. Él observaba aquel pecado, pero estaba al margen de eso. Lot vivía allí, pero si no fuese aquel incidente, parece que no se desviaban sus hijas ni sus yernos.

Hoy no, los últimos que son fieles, o se unen para formar un munito dentro del mundo, conviviendo noche y día juntos, o prevarican.

Así se comprende que esto va volviendo la situación cada vez más insostenible para los buenos. Y lo que se configura no es más una semejanza con las condiciones iniciales de la Historia humana, sino finales, en que los últimos días serán abreviados, porque si no, hasta los justos se perderán. ❖

(Extraído de conferencia del 12/11/1981)

- 1) Escritora e historiadora inglesa (*1896 - †1978).
- 2) Del francés: dulzura de vivir.

Archivo Revista



El Dr. Plinio en noviembre de 1981



San Wenceslao - Iglesia de San Juan Bautista, Náměšť nad Oslavou. República Checa

Señal del abandono divino

En nuestros días, ¿cómo reaccionarían los malvados ante un milagro similar al operado por Dios en favor de San Wenceslao? Semejante reacción determina la actitud de la Providencia en favor de la humanidad.

El 28 de septiembre la Iglesia celebra la fiesta de San Wenceslao. Sobre él tenemos la siguiente nota en nuestro calendario:

Soberano y Patrono de Bohemia. Siglo X. Practicó las más bellas virtudes, conservó intacto el tesoro de la virginidad durante toda su vida. Fue asesinado por su propio hermano Boleslao, por instigación de su madre, mientras rezaba en la iglesia. Hungría, Polonia y Bohemia lo eligieron como su patrón.

El rey pacificador

Los siguientes son los detalles biográficos de San Wenceslao, tomados de *L'Année Liturgique*, de Don Guéranger.

San Wenceslao es una de las figuras más radiantes de este siglo X, que se ha dado en llamar la Edad del Hierro. Nieto de un santo e hijo de una fanática pagana, fue una expresión purísima de esta realeza cristiana, que, tres siglos después, debió tener su tipo más perfecto en San Luis; régimen don-

de la naturaleza materna de la autoridad le aseguraba todo el cariño y moderaba todos los excesos; régimen que, al hacer del príncipe lugarteniente de Dios y de Cristo su auténtico representante, le confirió un carácter sobrenatural y sagrado.

Cabeza de una gran familia nacional, el rey era padre de su pueblo y, desde el más grande hasta el más pequeño, todos tenían derecho a ser sus hijos y a apelar a su justicia. Maestro indiscutible, pero cuyo poder estaba naturalmente equilibrado por la



identidad de los intereses de la corona y del pueblo, él era el árbitro en las decisiones. Era el árbitro cuyas decisiones son las más sabias, porque ninguna ambición personal, como ningún interés de partido podía influir en un hombre que, recibiendo todo de Dios, no tenía que dar cuenta sino a Dios mismo, por quien es el juez supremo.

El rey era entonces el pacificador, “l'apaiseur”, decía San Luis, siempre el apaciguador. Por lo tanto, siempre preocupado por resolver las disputas

entre sus hijos para unirlos en vista del bien común, la tranquilidad del reino, preludio de la paz de Dios.

En el programa del príncipe cristiano, que llevó a cabo Wenceslao durante los cortos años de su reinado, Dios estampó en este programa el sello del martirio, dando así un valor eterno a su obra completa.

Virtud comprobada por señales sobrenaturales

En la vida de San Wenceslao, mártir, escrita por el Gen. Silveira de Mello, encontramos estos datos:

La fama de las virtudes de Wenceslao recorrió el mundo. Era admirado y amado por el cristianismo. Amigo de su pueblo, entregado al servicio de la patria, austero y generoso, protector de la pobreza, abogado de la fe y súbdito fiel de la Iglesia y también soldado intrépi-

do y leal. Otón, Emperador de Alemania convocó a Wenceslao a la Dieta de Worms y lo colmó de atenciones.

Un día, se demoró inadvertidamente en la iglesia. Cuando llegó a la asamblea, el emperador y los demás príncipes, resentidos por la tardanza del duque, habían resuelto no levantarse, como era costumbre, a la entrada del dignatario retardado. Pero tan pronto como el duque entró en la habitación vieron los nobles que dos ángeles lo acompañaban.

Tomados de admiración y respeto, el Emperador se levantó para recibirlo y le dio el asiento a su derecha. ¿Cómo iban a negarle honores, si los mismos Ángeles se los tributaban? El Emperador, en señal de agradecimiento, le obsequió dos preciosas reliquias: un brazo de San Vito y los huesos de San Segismundo, Rey de Borgoña y también gran soldado.

En una asamblea de soberanos, auténtico vasallaje mutuo

Tengo la impresión de que este dato biográfico de tal manera supera al resto, que impide cualquier otro comentario. Por lo tanto, limitémonos a esto.

¡Nótese qué hermosa escena! San Wenceslao era rey de Bohemia, pero su reinado abarcaba también una parte de Polonia, ya que esta nación también lo admitió como su santo patrón. Era rey, por tanto, de una gran parte del territorio, y en ese momento se estaba celebrando una Dieta, es decir, una reunión de los principales entre los príncipes y señores feudales del Sacro Imperio Romano Alemán. Ciertamente fue convocado a esta Dieta porque esas naciones, en aquel tiempo, estaban sujetas de alguna manera a la soberanía del Sacro Imperio.

Entonces, era una reunión muy bonita y llena de nobleza, porque no era una reunión del rey con sus súbditos, sino de un señor que tenía la autoridad y dirigía a otros señores,

San Wenceslao - Praga,
República Checa



que también eran soberanos. De modo que era una especie de asamblea de soberanos, llena de caballerosidad y de fuerza.

Aquí vemos un bello ejemplo: nótese el respeto a la soberanía. Cada uno era como un soberano y, por lo tanto, cuando un señor entraba en la sala, incluso siendo de un rango inferior al del Emperador del Sacro Imperio, todos se ponían de pie, incluido el Emperador.

Inflexibilidad cruel del mal y dulce venganza del bien

Entonces, viene la represalia. Cuando San Wenceslao entró, decidieron no levantarse, porque había tardado demasiado en la oración. Se percibe la rabia de esa asamblea. Ya en plena Edad Media se daba sutilmente esa enigmática antipatía por parte de los que rezan poco hacia los que rezan mucho, ya que los primeros son siempre inflexibles con respecto a los segundos. Infelizmente, lo contrario no se da, porque los que rezan mucho tienden a ser condescendientes con los que rezan poco.

Los poco piadosos decidieron: “Quedémonos callados y sentados cuando él entre, para burlarnos de él, pues ha llegado atrasado”.

Véase la respuesta de la Providencia: San Wenceslao ingresa en la sala y todos ven entrar a dos Ángeles con él. Se acabó su argucia, no hay nada más que decir. La virtud se va cubierta de honor y de gloria, y el Emperador termina haciéndole dos regalos.

Las personas de ese tiempo tenían un sentido común mucho aquilataado que en nuestros días, y en lugar de dar cosas costosas, el Soberano le



Entrada de San Wenceslao con los Ángeles

dio dos reliquias, que valían mucho más que el oro, una de las cuales era la de un soldado, para el gran soldado, que era San Wenceslao.

Ausencia de manifestaciones sobrenaturales

Surge la siguiente pregunta: Hoy en día, cuando alguien muy piadoso llega tarde a un evento y sufre una desgracia, ¿por qué no aparecen dos Ángeles acompañando a esa persona? ¿Por qué no ocurren esas manifestaciones sobrenaturales que cubren de gloria al bien y aplastan al mal? La respuesta es obvia: porque los pecados del mundo han llegado a tal altura que los hombres ya no lo merecen.

No debemos imaginar que los Ángeles aparecieron al lado del Santo principalmente para su gloria. ¡No! Era, sobre todo, por el bien del pú-

blico, que era testigo de aquel milagro. Por lo tanto, era un bien para los malos. Pero los impíos de nuestros días no lo merecen.

Podríamos preguntarnos qué actitud tomarían los malos si hoy aparecieran Ángeles junto a un justo. Con seguridad, sería un odio sin nombre y probablemente no cambiarían de posición. Es este estado de espíritu cerrado, endurecido y rígido el que merece, con razón, el castigo divino. Porque cuando milagros como estos ya no conmueven, o ni siquiera existen, es señal de que la Providencia ha abandonado a una determinada colectividad humana, a un ciclo de cultura o a la humanidad entera de un determinado período histórico, que quedará dispuesta para toda especie de castigo. ❖

(Extraído de conferencia del
27/09/1966)

Confianza en la victoria

Aquellos que siguen una Causa de entera fidelidad a la Iglesia deben considerar normal el ser combatidos y, de vez en cuando, que se levanten contra ellos grandes tempestades. La Providencia quiere que estos confíen en la victoria, a pesar de todas las apariencias de derrota, de manera que, incluso en las peores situaciones, proclamen: “¡Venceremos!” Si, por los ruegos de Nuestra Señora, tenemos esa confianza venceremos en esta vida y volveremos cada vez con más fuerza y mayor gloria.

Toda obra verdaderamente unida al espíritu de la Iglesia y, por lo tanto, a Nuestra Señora y a Nuestro Señor Jesucristo, encuentra oposición y acaba, tarde o temprano, suscitando una persecución. No encontramos una sola grande obra en la Iglesia que haya existido y desarrollándose sin ser durísimamente combatida, ora por persecuciones externas, ora internas.

Bramido de los malos en el Juicio Final

Muchas veces el demonio o sus agentes, por medio de intrigas, distorsiones doctrinarias, arman el brazo de la propia autoridad eclesiástica contra aquellos que quieren hacer el bien dentro de la Iglesia. Es uno de los aspectos del mis-

terio de iniquidad. Es evidente que el sufrimiento mayor es el de aquellos que son perseguidos por la propia Iglesia.

Ser perseguido por una autoridad comunista es sumamente desagradable, pero no es nada en comparación con ser perseguido por un obispo progresista. Porque la lucha contra quien pertenece a la mis-

ma Santa Iglesia Católica Apostólica Romana hace sufrir más.

Nuestro Señor Jesucristo enuncia bien la razón de esta lucha, cuando describe el Juicio Final. Él muestra que hay resurrección de los cuerpos y entonces, todos los hombres son juzgados en presencia unos de otros. Como la Fe nos enseña, apenas muere el hombre es sujeto a un Juicio. Este es el Juicio Particular en el cual está presente únicamente cada hombre y nadie más. El Juicio Final es universal y en él Dios no sólo confirma el juicio ya definitivo lanzado cuando la persona murió, sino que se hace justicia glorificando a los buenos y humillando a los malos.

La justicia pide que unos, habiendo sido injustamente ofendidos por otros, sean glorificados a los ojos de los ofensores, y que estos sean humillados a los ojos de los ofendidos. No basta, por tanto, para que la justicia sea plena, un juicio particular, sino que conviene un juicio general.

Entonces, en el Juicio Final, Dios reunirá a la inmensidad de todos los hombres que vivieron y los dividirá en dos categorías: los que estarán a su derecha y los que quedarán a la izquierda. Proclamará la victoria de los que se encuentran a la derecha, los que anduvieron bien, y los glorificará. Y del lado de los que procedieron mal habrá un bramido: “Nosotros suponíamos que su vida, todo cuanto hacían, era una locura. Y vemos ahora que la gloria está del lado de ellos.” No es un acto de justicia por parte de los malos, porque ya están perdidos, son condenados y, por tanto, incapaces de un acto de justicia. Es un acto de odio, de revuelta, de cólera inútil, como son las cóleras del demonio, pero de cólera completa. Van a manifestar la razón de su rabia hacia los buenos. Es que los buenos tenían una mentalidad, un estilo, un sistema de vivir, que para ellos era una locura y por eso los odiaban, perseguían. De

ahí su inconformidad viendo que los buenos son premiados por Dios.

Cuando una obra católica no es combatida comienza su decadencia

Ahora bien; esa cólera de los malos en relación a los buenos se da en esta vida. Y su corolario es que, de vez en cuando, los malos se unen y se lanzan contra los buenos.

Por eso mismo, la señal de que una obra católica está muriendo no es cuando disminuye el número de sus miembros, pierde el dinero, en-

tra en un régimen de ostracismo en el que nadie habla mal de ella, es muy combatida por otros; nada de eso quiere decir que va mal. Una obra va mal cuando no es más combatida, he ahí la señal cierta de la decadencia. Ella puede ser rica, tener muchos miembros, mucha influencia, lo que sea; a partir del momento en que no es más combatida, deja de ser lo que era y se torna un cadáver en inicio de descomposición.

Vemos esto con todas las Órdenes Religiosas: en el período de apogeo, combatidas, en la época de decadencia, no.



Juicio Final - Museo de Arte de São Paulo



Es un misterio este odio. Tomemos como ejemplo a los hombres que Dios llamó para un tipo de actividad para la cual se diría que no era posible que alguno los odiase: Don Bosco. Él educaba a niños pobres. ¿A quién puede causar cólera esto? Él publicaba folletos de propaganda anti-protestante porque había una cierta infiltración de ellos en determinada parte del Norte de Italia. Eran folletos puramente doctrinarios, que no combatían a nadie. Pero de tal manera hay odio contra los buenos que Don Bosco sufrió varias tentativas de asesinato. Y su vocación no era la de combatir y suscitar odio. Por el contrario, él era un santo resuelto, afable, con una vocación toda especial, brillante y radiante de aquella dulzura salesiana. Por ahí se ve cómo los malos odiarían a los buenos, incluso cuando estos no los atacaran.

El católico enfrenta la tempestad, no se rinde

Como corolario, aquellos que siguen una Causa de entera fidelidad a la Igle-

sia, deben encontrar normal el ser combatidos y, de vez en cuando levantarse contra ellos grandes tempestades, durante las cuales necesitan saber cómo actuar como buenos marineros. Deben saber evitar la tempestad, porque si un navegante, pudiendo pasar al lado de la tormenta, quisiera meterse dentro de ella será un cretino. Él necesita, por tanto, saber evitar todos los episodios que pueden dar en una lucha inútil, no debe provocar en las ocasiones en que la prudencia manda lo contrario. Pero si la tempestad lo rodea, necesita saber enfrentarla, siendo grande en el coraje, como antes lo fue en la prudencia.

El primer elemento del coraje en la tempestad es la confianza en María Santísima, la compenetración de que toda prueba que asalta a una obra verdaderamente católica existe en la medida en que Ella la permita. Pueden los enemigos tener la fuerza y la importancia que tengan, en el momento en que Nuestra Señora haga una señal con el dedo cesa todo.

Luego, la primera medida a ser tomada en el período de tempestad

es rezar, comprendiendo que cuando nuestras oraciones hubieren aplacado al Cielo la borrasca acaba.

Es lo que se ve en el episodio narrado en el Evangelio en el cual Nuestro Señor está durmiendo en la barca durante una terrible tempestad. Cuando Él despierta, ordena a la tempestad que se aplaque. Todos comentaron: “¿Quién es éste a quien los vientos y los mares obedecen?” (Lc 8, 25).

Nosotros podemos decir: “Los vientos y los mares obedecen a Ella. Por tanto, la primera providencia es pedir a la Santísima Virgen que aparte las tempestades que se pueden apartar. Las que no lo sean que Ella abrevie. Cuando no se pudiesen apartar ni abreviar, que Ella nos dé fuerzas para enfrentar. Pero el católico enfrenta la tempestad, no se rinde, no se deja derrotar.

Debemos mover a Dios por los ruegos de María

San Luis Grignon de Montfort desarrolla un pensamiento a propósito de las asociaciones de devoción a Nues-



Sueños de San Juan Bosco – Casta Prats, Barcelona



Jesús durmiendo en la barca: Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid

tra Señora por él fundadas, advirtiendo a las personas consagradas como esclavas a la Santísima Virgen que, como verdaderos amigos de la Cruz, sufrirían persecuciones tremendas.

Después de mostrar los premios reservados a quien es perseguido por amor a Nuestro Señor, él dice:

Son esos queridos y pequeños batallones de María objeto de las promesas admirables que Dios nos hace por la boca del Profeta, si vosotros ponéis por medio de María toda la confianza en Él. Siendo como sois personas que se entregan completamente a la Providencia, es decir, a Dios, para sustentaros y multiplicaros y para deciros: creced y multiplicaos y llenad la Tierra, no tengáis miedo por causa de vuestro pequeño número. Incumbe a Dios defenderos. No tengáis miedo de vuestros adversarios. Incumbe a Dios nutrirlos, vestirlos, entretenerlos. No tengáis, por tanto, miedo de faltar con lo necesario en esos malos tiempos, que no son malos sino porque tenemos poca

confianza en Dios. Es a vuestro Dios a quien toca glorificaros: No temáis que vuestra gloria os sea robada. En una palabra, no temáis y dormid con seguridad, sobre su seno paterno.

Estas palabras tan bonitas son antes que nada una aplicación genial del consejo, de la orden que Nuestro Señor dio a Adán y Eva: “Creced y multiplicaos, y llenad toda la Tierra”. (cf. Gn I, 22). Si las personas que luchan verdaderamente su confianza en Nuestra Señora, también ellas crecerán, se multiplicarán, y llenarán la Tierra entera.

Nosotros, devotos y esclavos de María, si tenemos en Ella la confianza que debemos tener, creceremos, nos multiplicaremos y llenaremos toda la Tierra.

Todos nosotros somos servidores que Nuestra Señora utiliza porque quiso, pues podría realizar su obra sin nadie o con otras personas. Por tanto, Ella se sirve de nosotros por compasión, por condescendencia hacia nosotros, es un honor que no merecemos.

Así, debemos comprender antes que nada nuestra necesidad, por los ruegos de María, de mover a Dios a que Él quiera intervenir. El Creador desea ser puesto en movimiento –si así se puede decir– por nuestra oración. El mismo recomendó eso diversas veces: “¡Pedid y os será dado, golpead y se os abrirá!” (Lc 11, 9).

Es preciso ser insistente, pedir mucho, comprendiendo que la primera circunstancia para que yo pueda vencer es que Dios quiera que venza. Y el primer factor para que el Creador quiera que yo venza es rezar. Y para orar a fin de que Él quiera que yo venza, necesito una protección por donde Nuestra Señora me recuerde el pedir a Dios.

Como el tungsteno y la corriente eléctrica

Es pues, en el plano estrictamente sobrenatural que se traba nuestra primera y gran batalla. Si somos personas unidas a Dios, si tenemos el espíritu de la Iglesia, a quien Nues-



tro Señor pueda decir: “Vuestros pensamientos y vuestras vías son las mías”, entonces contagiaremos a los otros con nuestro entusiasmo y venceremos.

Sin embargo, es necesario que comprendamos que la victoria viene a través de nosotros, pero nosotros no somos nada. Para Dios somos menos de lo que una lámpara eléctrica es para la iluminación de una sala. ¿Qué vale una lámpara eléctrica sin electricidad? Nada. Puede ser la fuente de luz más poderosa y extraordinaria que jamás se haya fabricado; si una corriente eléctrica no recorre el tungsteno, no tiene ninguna utilidad. El tungsteno que compone el filamento de la lámpara es, de suyo, un metal apagado, vil. Lo que lo hace brillar y emitir luz es una fuerza que circula a través de él.

Imaginemos que los componentes de una lámpara pudiesen pensar, y el tungsteno dijese al globo lechoso:

- Mire cómo yo soy luminoso.
- El vidrio respondería:
- Idiota, ¿no ve que la luz viene de mí?
- Cretino, ¿no percibe que yo soy el que soy brillante? – replicaría el tungsteno.
- La electricidad cortaría su curso y diría:
- Idiotas, vean de qué valen sin mí.

Y la sala quedaría a oscuras.

Pues bien, con relación a Dios nosotros somos un poco como el tungsteno en la lámpara. Brillamos en la medida en que la gracia entra en nosotros.

Entonces, nuestra actitud primordial es comprender el papel fundamental de Nuestra Señora como transmisora de gracias venidas de Nuestro Señor Jesucristo, la necesidad de poner toda nuestra confianza en Ella.



Zairon (CC0.0)

Nunca un auténtico apóstol fracasa

Es preciso tener esto en vista a la hora de nuestros éxitos y fracasos. En el momento de los éxitos, para que no nos dé vanidad pensando: “¿Está viendo qué conferencia que hice? ¡Aquel párrafo, cómo fue bien pensado! Hasta fulano, que suele dormir, abrió medio ojo...” Es el gran triunfo del orgulloso.

¿De qué vale eso? De nada. Si la conferencia produjo algún bien fue porque Nuestra Señora condescendió en hacer pasar por aquel “filamento” la “electricidad”, o sea, una gracia.

En la hora de los fracasos, para preguntarnos: “¿Recé como debía? ¿Estaba bien compenetrado de que el éxito sería obtenido principalmente por causa de Ella, pidiéndole que me ayudase?” Si no lo estaba, mi fracaso no me debe espantar, porque corté la “corriente eléctrica”.

Hay, con todo, una situación más sutil y delicada a ser considerada. Es la confianza en otro sentido. Si deseo andar bien, rezo para ser un apóstol fiel y que mi apostolado tome el rum-

bo cierto, por mayores que sean las derrotas que pueda sufrir, Nuestra Señora hará que los designios que Ella tenía a mi respecto se realicen.

Nunca un auténtico apóstol, un verdadero Santo, fracasa, a pesar de las apariencias contrarias.

San Luis Grignion, el verdadero autor de la guerra de la Vendée

Tenemos de esto un bonito ejemplo en la vida de San Luis María Grignion de Montfort. ¿Cuál fue, al final de cuentas, la obra de ese tan gran Santo? Simple sacerdote, él jamás ocupó un lugar importante, nunca tuvo una influencia grande sobre cualquier persona verdaderamente decisiva en Francia. Vivió siempre de limosnas, empujado de un lado a otro. Cierta vez, se hospedó en un convento de una gran Orden religiosa donde le dieron un poco de comida, pero lo trataron tan mal que él tuvo este comentario: “¡nunca pensé que fuera posible, en una casa de sacerdotes, tratar tan mal a un sacerdote!”

San Luis organizó peregrinaciones y cuando erigió el famoso Calvario de Pontchateau, Luis XIV mandó destruirlo. Casi todos los obispos de Francia le prohibieron usar la palabra en sus diócesis, con excepción de dos. Cuando murió, tenía en las manos algo que era al mismo tiempo todo y nada: multitud de campesinos dispersos, sin influencia y desorganizados, a quienes él predicó la devoción a Nuestra Señora. Él falleció, en apariencia, derrotado.

Sin embargo, el verdadero autor de la guerra de la Vendée fue él, pues si esa región se levantó contra los crímenes de la Revolución Francesa se

debió al hecho de haber sido la que más conservó el fervor religioso, por causa de la predicación de San Luis Grignon. La Historia de Francia y del mundo serían otras si no se hubiera dado la guerra de la Vendée.

Fuimos suscitados para vencer en esta Tierra

Santa Teresita del Niño Jesús, en las vísperas de su muerte, oyó a unas monjas comentar en la cocina, cerca de su cuarto: “Nuestra hermana Teresa del Niño Jesús está muy mal. De aquí a poco va a morir. Yo quiero saber qué va a contar nuestra Superiora a su respecto en la crónica del convento. Ella no hizo nada.”

Aparentemente, Santa Teresita no hizo nada, pero bastó que ella muriera para iniciar aquello que podríamos llamar la grande reconquista de Santa Teresita. En el último minuto de la vida, ella tuvo un éxtasis y se levantó, toda transfigurada de alegría, y cayó muerta. En seguida, un perfume de violetas invadió todo el convento. Ya con las ceremonias fúnebres comenzaron las curas y los milagros. Era el inicio de su glorificación y de toda su obra espiritual dentro de la Iglesia. En apariencia derrotada, pero victoriosa.

San Luis Grignon y Santa Teresita murieron sin lamentarse, ciertos de cumplir lo que Dios quería de ellos, confiando hasta el fin. Esta es la confianza que debemos tener.

Esta confianza tiene un matiz más delicado. A veces, a ciertas almas la Providencia habla por imponderables: “Ustedes no fueron suscitados para ser aplastados, sino para vencer en esta Tierra. Y en el auge de la lucha, no deben solo ofrecerla por la expiación de los pecados, sino que deben confiar en que vencerán. Y no serán fieles si dudan, porque para ustedes ésta es la misión especial.”

Es preciso saber oír esta voz interior de la gracia y confiar contra toda expectativa, diciendo: De otros, Dios

quiso que aceptasen la derrota. Yo la aceptaría de buen grado si esa fuese la parte que me tocase. Sin embargo, la Providencia quiere que confíe en la victoria, a pesar de todas las apariencias de derrota, de manera que, incluso en las peores situaciones, debo proclamar: ¡Yo venceré y volveré!

Si confiamos así, venceremos en esta vida y volveremos cada vez con

mayor fuerza y mayor gloria. La cosa más peligrosa para nuestro adversario es procurar aplastarnos. Porque siempre que él hizo esto, enseguida después sale reducido al mínimo y nosotros somos multiplicados por nosotros mismos. ♦

(Extraído de conferencia del 23/10/1971)



Dr. Plinio en 1971



SANTORAL

Gabriel K.



Nuestra Señora de los Dolores.
Iglesia del Patrocinio, Sevilla

Мерей Максим Маспантин (CC0)



Santa Ludmila

1. San Lupo, Obispo de Sens (actual Francia). Miembro de una familia noble, fue desterrado por un senescal del Rey Clotario, por haber afirmado que era más importante obedecer a Dios que a los príncipes (+c. 623).

2. Beatos Jean-Marie de Lau de Alemans, Francisco-José y Pierre Louis de la Rochefoucauld, Obispos y 92 compañeros, Mártires (+1792).

3. XXII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Gregorio Magno, Papa y Doctor de la Iglesia. Fomentó la vida Monástica, propagó la Fe por todas partes y escribió célebres obras de moral y pastorales diversas.

4. Santa Rosalía, Virgen. Llevó vida en soledad, pobreza y rigurosa penitencia en el Monte Pellegrino (Palermo, Sicilia) (+s. XII).

5. Santa Teresa de Calcuta, Religiosa. Fundadora de la Congregación Misioneras de la Caridad.

6. Beato Miguel Czartoryski, Presbítero y Mártir. En la Segunda Guerra

Mundial, los nazis lo fusilaron por defender la Fe, en Varsovia, Polonia (+1944).

7. Beatos Claudio Bernabé Laurent de Mascloux y Francisco de Oudinot de la Boissière, Presbíteros y Mártires. Detenidos durante la Revolución Francesa por ser sacerdotes, fueron detenidos y los dejaron morir por inanición (+1794).

8. Natividad de la Santísima Virgen María.

9. San Pedro Claver, Sacerdote y Misionero jesuita. En Cartagena, Colombia, dedicó cuarenta años de su vida a socorrer, consolar y luchar por los derechos y dignidad de los esclavos negros. Bautizó a más de trescientos mil de ellos.

10. XXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

* SEPTIEMBRE *

San Nicolás de Tolentino, Presbítero. Miembro de la Orden de los Eremitas de San Agustín. En medio de una intensa vida de oración, practicaba rigurosas penitencias (+1305).

11. Nuestra Señora de los Remedios

San Paciente, Obispo (+c. 480).

12. Santísimo Nombre de María

13. San Juan Crisóstomo, Obispo y Doctor de la Iglesia. Nacido en Antioquía. Fue Obispo de Constantinopla (+407).

14. Señor de los Milagros

15. Nuestra Señora de los Dolores

16. Santa Ludmila, Mártir (+921).

17. XXIV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Roberto Belarmino, Obispo y Doctor de la Iglesia (+1621).

18. San José de Cupertino, Religioso.

19. San Jenaro, Obispo y Mártir. Patrono de Nápoles (+305).

20. Santos André Kim Taegon, Pablo Chong Hasang y ciento tres compañeros. Martirizados en diversas circunstancias, entre 1839 y 1867 en la Corea de ese entonces.

21. San Mateo, Apóstol y Evangelista.

22. San Ignacio de Sandone, Presbítero. Miembro de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos, en Turín, en la región del Piamonte, dedicado a atender enfermos (+1770).

23. San Pío de Pietrecina. Presbítero (+1968).



Santa Rosalía

24. XXV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Antonio González, Presbítero y Mártir. Sacerdote dominico, enviado a Japón con cinco compañeros. Sufrió el martirio en Nagasaki, bajo el Emperador Tokugawa Yemitsu (+1637).

25. Bienaventurado Juan Pedro Bengón Aranguren, Pablo María Leoz

y Portillo, Jesús Hita Miranda, Mártires. Durante la persecución religiosa en España, fueron fusilados, por odio a la Fe y la Iglesia Católica (+1936).

26. Santos Cosme y Damían, Mártires. Patronos de los Médicos Católicos (+ca. 300).

27. San Vicente de Paúl, Presbítero y Fundador (+1660).

28. San Simón de Rojas, Presbítero. Fundador de la Congregación de los Esclavos del Dulcísimo Nombre de María. Conocido como el apóstol del Ave María (+1624).

29. Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

30. San Jerónimo, Presbítero y Doctor de la Iglesia. Nació en Dalmacia, estudió y fue bautizado en Roma. De vida ascética y contemplativa. Viajó a Oriente y ahí lo ordenaron presbítero. Volvió a Roma y el Papa San Dámaso lo nombró su secretario. Después viaja a Belén en Judea, donde lleva vida monástica y traduce las Sagradas Escrituras del hebreo y del griego al latín, cumpliendo el pedido del Papa (+420).



San Simón Rojas



Misión profética de los tres Arcángeles

San Gabriel, San Rafael y San Miguel forman un *unum*. Según el matiz de nuestra actividad apostólica, nos beneficiamos más por uno o por otro, haciéndonos eficaces en la acción, terribles en el combate y, a veces, sintiéndonos tan invitados a la meditación que tenemos la sensación de que existimos solo para ella. Es una especie de síntesis de los tres Arcángeles.

En la vida del ser humano es posible distinguir tres aspectos: contemplación, lucha y acción. Distingo la acción de la lucha en el siguiente sentido: la acción tiene como finalidad principal la construcción; Ella, per accidens, derriba los obstáculos que encuentra en el camino. La lucha es el derrocamiento de algo que no debería estar de pie.

San Gabriel: el Arcángel de la contemplación

¿Esto tiene una afinidad en el mundo angélico? Para encontrar la respuesta a esta pregunta, consideremos lo siguiente:

Cuando el Divino Espíritu Santo invitó a Nuestra Señora a ser su Esposa el día de la Anunciación, envió

un mensajero para esta misión. Pero sería contrario a todo orden celestial de las cosas imaginar que este mensajero emprendiera esa misión sin tener alguna semejanza con el mensaje que llevaba.

Puedo, por ejemplo, enviar un mensaje de alta nobleza y significado a través de un portador cualquiera que encuentre al alcance, diciendo:

“Llegas allí, entregas el mensaje y pides un protocolo que lo certifique”.

Pero en el orden angélico esto no es así. San Gabriel debería representar para Nuestra Señora al Divino Espíritu Santo magníficamente, de tal manera que fuera la propia figura del Esposo invitándola. Por lo tanto, necesita ser visto como el Arcángel de la contemplación, del fuego que hace inflamar el alma con el Espíritu Paráclito.

Si no fuera así, San Gabriel no sería un mensajero, sino un portador de mensajes. Él tiene que ser la imagen del mensaje que lleva. Por allí podemos ver lo que sintió Nuestra Señora cuando vio al Arcángel San Gabriel.

Se entiende así que apenas la Santísima Virgen dijo “sí”, el Espíritu Santo se haya unido a Ella. El Divino Paráclito preparó su alma para ver cara a cara el “Original”, el Arquetipo, del cual San Gabriel no era más que un tipo. Claro está que el Espíritu Santo es infinitamente más que un arquetipo, es el Creador. Pero se podría concebir esta relación a la manera de un arquetipo.

En esta concepción, el Arcángel San Gabriel es quien nos trae el *lumen*, nos invita al recogimiento, a la oración, para sentir el sabor de las cosas celestiales y el desprecio de las cosas terrenales, que es una gracia insigne del Espíritu Santo.

Agilidad diplomática de San Rafael

El único pasaje en la Biblia donde se describen las acciones de San Rafael es el episodio narrado en el Libro de Tobías. Por lo que recuerdo de la narración, Tobit, el padre de Tobías, habiendo quedado ciego accidentalmente, se empobreció al punto de necesitar del trabajo de su esposa para sustentarse.

Se ve que Tobías era un joven casto, recto, serio, alegría de su padre.

En un momento dado, Tobit decidió enviar a Tobías a una ciudad donde vivía un pariente suyo pa-

ra cobrar una deuda, ya que eso les ayudaría en aquella situación.

Tobías emprende su camino y aparece un compañero que era el Arcángel San Rafael. En cierto momento durante el viaje, llegan a un río y aparece un misterioso pez que ataca a Tobías. Entonces, bajo la orientación del Ángel, Tobías agarra y mata el pez. San Rafael le enseña a abrirlo y a sacarle un cierto aceite que curaría la ceguera de Tobit.

Al llegar a la ciudad, encuentra a un pariente, un hombre rico e in-

fluyente, cuya hija era hermosa. Siete hombres habían querido casarse con ella, pero movidos por la sensualidad. Resulta que Dios no permitía que un hombre sensual se casara con esa joven. Por eso, todos sus maridos habían muerto, y enviudó siete veces sin ser tocada por ningún hombre, porque no aparecía el varón casto que debería desposarla.

Tobías se presenta y, con el consentimiento del padre de la joven, se casan. Luego, acompañado por su esposa, regresa junto a Tobit.



Flávio Lourenço

San Gabriel - Museo de la Catedral de Murcia. España



Cuando Tobías estaba fuera de peligro, ya en la casa de su padre, el compañero de viaje anunció que era San Rafael, uno de los siete espíritus que asisten en presencia del Altísimo, y desapareció.

Noten cómo las dificultades de Tobías no eran situaciones de guerra, sino problemas de acción. Su padre es pobre y Tobías tiene una deuda que cobrar, un viaje arriesgado por hacer, una mujer joven para casarse, una vida para arreglar; por la intervención del Ángel, estas actividades se solucionan en cadena.

En la acción entra la agilidad diplomática, la continuidad, todo lo que representa la operación a través de situaciones inciertas. San Rafael es también el protector en estas circunstancias, porque se ve que Tobías fue sometido a todo tipo de vicisitudes hasta que la situación de su familia se regu-

larizó, tuvo que actuar duro, y solo terminó bien a través de milagros.

Por esta razón, San Rafael es protector en la línea del principio axiológico¹, de la confianza, de la misericordia, en resumen, de toda bondad para restablecerse y llevar una vida normal.

San Miguel: el Arcángel de la lucha

Aunque, en términos absolutos, la contemplación es superior a la acción, no correspondería a la realidad comparar la actuación de los tres Arcángeles con un triángulo en el que San Gabriel estuviera siempre en el vértice superior y los otros dos abajo, en una situación de igualdad. Esto queda especialmente claro cuando consideramos a San Miguel, el Arcángel de la lucha.

El combate, en sí mismo, tiene elementos destructivos de parte de quien lo traba. Incluso sin llegar necesariamente hasta la muerte, la lucha exige a un esfuerzo superior al desgaste normal del simple trabajo. Por eso trae consigo un fondo de oblación, con un mayor carácter de desinterés. Por ejemplo, el desprendimiento manifestado en el episodio de Abraham con Isaac es extraordinario! Eso es puro amor. Bueno, se puede luchar por puro amor yendo a una cruzada, como Isaac caminó para ser muerto por su padre.

En efecto, Nuestro Señor Jesucristo afirmó que la inmolación es la mayor prueba de amor: “No hay mayor prueba de amor que dar la vida por el amigo” (cf. Jn 15,13). Y decía esto de sí mismo para explicarnos cómo debemos estar convencidos de su amor por nosotros.

Por ahí podemos ver la magnificencia de la lucha y, por lo tanto, de la actuación de San Miguel Arcángel.

Profetismo de la lucha y del holocausto

Frente a este cuadro, la acción parece muy inferior a la contemplación y la lucha. El problema es que tenemos un concepto muy material de la acción. Con el mismo San Rafael tenemos en la mente la estampa —de hecho, encantadora pero un poco tonta— que ilustra los libros de Historia Sagrada para niños, de él caminando a pie, con un palo del que colgaba una especie de pequeño zurrón, y hablando con Tobías animadamente.

Ahora bien, San Rafael era un Ángel de una sabiduría activa superior, que ayudó a Tobías a ver lo que realmente debería buscar en el viaje, a encontrar los medios para lograrlo, y su compañía le dio la fuerza y el coraje para afrontarlo con éxito. El aspecto material del viaje no era nada para el Ángel. Hacer que ese muñeco fabricado por él —que Tobías to-



Encuentro de Tobías con San Rafael - Museo Nacional de Arte de Cataluña, Barcelona

mó como un hombre— hablara y caminara, para un espíritu angelical no es nada.

Se entiende, entonces, que para referirnos a San Rafael como el Arcángel de la acción debemos elegir los más altos grados y padrones de acción. Por lo tanto, mucho más que la acción operativa, meramente activa, la acción pensante. Algo así como, por ejemplo, aquella frase del mariscal Foch²: “*Ma droite est pressée, ma gauche est menacée, ma arrière est coupée... ¿Qué fais-je? J'attaque*”³. ¡Esto es magnífico! Es decir, “¡Estoy en un aprieto total, así que voy a atacar!” Esta es una acción, si se puede decir así, “rafaelina”, en el sentido de que es el pensamiento sobre la acción en alto grado.

El arte de reinar, gobernar, dirigir proféticamente; la misión profética en el conjunto de acción en la vida cotidiana estaría con San Rafael, mientras que con San Miguel sería el profetismo de la lucha y del holocausto. Así se descubre la belleza del diferente actuar de estos Arcángeles.

Los tres Arcángeles en episodios de la vida de Nuestro Señor

Uno podría preguntarse, en la vida tan santa y augusta de Nuestro Señor, cuál de estos aspectos brilló más y en qué episodios se comportó como el Dios de Gabriel, el Dios de Rafael o el Dios de Miguel. Sería un estudio Evangélico muy bello.

En mi opinión, en la Transfiguración del Monte Tabor, Nuestro Señor puede ser simbolizado eminentemente por San Gabriel. En la Pasión, por San Miguel, porque en el holocausto y la lucha fue cuando Él



San Miguel Arcángel Museo Episcopal, Vic. España

venció al mundo. Además, agonía en griego, significa la lucha del atleta; los atletas eran llamados agonistas. Después, como Maestro, recorriendo Tierra Santa y haciendo apostolado en su vida pública, es simbolizado por San Rafael.

A partir de estas consideraciones podríamos imaginar nuestra vida como una acción concomitante de los tres Arcángeles, con momentos en los que a veces predomina San Ra-

fael, a veces San Miguel, a veces San Gabriel.

Los tres Arcángeles forman un *unum* y, según las características de nuestra actividad apostólica, nos vemos más beneficiados por uno o por otro. Así, a veces nos volvemos tan eficientes en la acción que tenemos la impresión de que existimos sólo para actuar. Otras veces somos tan terribles en el combate que parece que vivimos solo para la lucha. Pero hay momentos en que nos sentimos tan invitados a la meditación que tenemos la sensación de que existimos solo para esta. Es una especie de síntesis de los tres Arcángeles.

De esto se podría deducir que el objetivo de nuestra acción apostólica es una “angelización”. Hay una especie de presencia angelical entre nosotros, una prolongación angélica entre unos y otros, y una representación angélica correspondiente a las profundidades de nuestros espíritus y nuestras almas, que explica nuestra esclavitud y unión con Nuestra Señora.

(Extraído de conferencias del 28/03/1976 y del 12/12/1976)

1) Principio que lleva al hombre a ser fiel a su axiología, es decir, al eje alrededor del cual deben girar todas sus ideas, voliciones y actividades, apuntando a la gloria de Dios y al bien de su alma.

2) Ferdinand Foch (*1851 - †1929). Militar católico francés que comandó los ejércitos de Francia e Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial.

3) Del francés: Mi derecha está comprimida, mi izquierda está amenazada, mi retaguardia está golpeada... ¿Qué hago? Yo ataco.

¿Sólo el arte sacro puede ser cristiano?



Una obra de arte no es cristiana por el hecho de estar cubierta de símbolos de nuestra santa Religión, como un hombre no se hace fraile por vestir un sayal. Es preciso que sea católica el alma que en la obra de arte palpita, para que esta se pueda decir genuinamente cristiana.

Por las altas ventanas, guarnecidas de vitrales, entra una luz abundante pero suave, que se refleja en el piso, en el metal pulido de las armaduras y de las panoplias, en el bronce y en el cristal de los inmensos candelabros, y parece alcanzar a duras penas las nervaduras y pinturas del techo.

Recogimiento, gravedad, equilibrio y fuerza

Las columnas, fuertes y delicadas, se abren a lo alto como inmensas palmeras que protegiesen la sala con sus ramajes de piedra, de líneas coherentes, nítidas y suaves. La sala está fuertemente impregnada de un ambiente peculiar, que convida a un reposo sin ocio ni disipación, un reposo todo hecho de recogimiento, gravedad, equilibrio y fuerza.



Palacio de Frederiksberg, Dinamarca



Castillo Lednice, República Checa

GO 08 (CC3.0)



Castillo de Champs-sur-Marne. Francia

henrízq (CC3.0)



Castillo de Chapultepec. México

Jan Helebrant (CC3.0)

Las armaduras, los venados embalsamados enriquecen el ambiente con el eco de las proezas practicadas en la cacería y en la guerra. El lambris de madera trabajada quiebra con su delicadeza y carácter acogedor lo que la austeridad de la piedra tal vez tuviese de excesivo. Al fondo, sobre un pilar, la imagen de un santo atrae el pensamiento para el cielo.

Sin duda, salas así reflejan una mentalidad que podrá agradar a algunos, quizás desagradar a otros, pero que de un modo o de otro supo disponer admirablemente de los colores y de las formas para expresarse. Son salas de uso civil cotidiano. Presentan el ambiente en que el espíritu de nuestros mayores se sentía cómodo para vivir la vida corriente.



Castillo Zleby. República Checa

Herbert Frank (CC3.0)



Expresión arquetípica del alma cristiana

La *Sainte-Chapelle* de París, construida en el siglo XI-II por San Luis IX, rey de Francia, para contener algunas espinas de la corona de Nuestro Señor Jesucristo, expresa la misma mentalidad, no en cuanto entregada a la vida diaria, sino en cuanto dirigida a la oración,

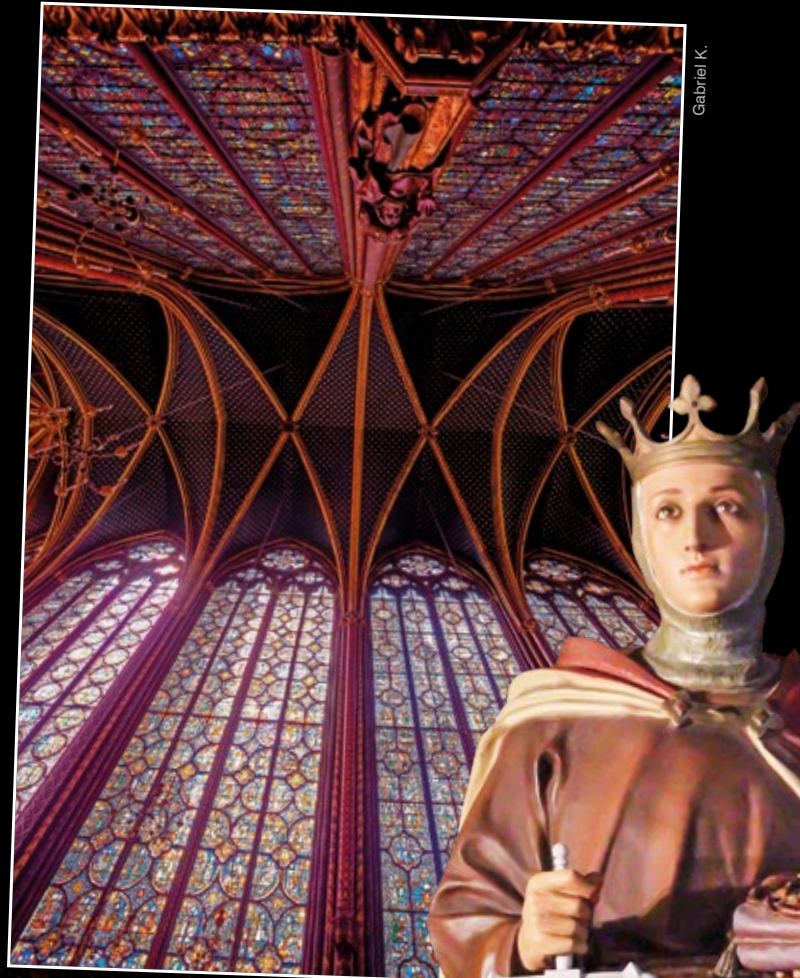
La nota de delicadeza alcanza lo sublime. Ni por esto la fuerza, el equilibrio, la gravedad y el recogimiento pierden algo de su plenitud. Eclesiásticos, artistas, peregrinos de todos los siglos han visto en la *Sainte-Chapelle*, en el ambiente que en ella palpita, en la mentalidad expresada en sus líneas, sus colores, sus formas, su configuración general, la expresión arquetípica del alma cristiana.

La sala es cristiana como cristiana es la capilla. Y esto no sólo por el efecto de las imágenes y símbolos religiosos que allí se encuentran, como por el ambiente que allí se respira, por la mentalidad que queda subyacente a este ambiente.

De donde se llega a una noción más amplia. Una obra de arte no es cristiana por el simple hecho de estar cubierta de símbolos de nuestra santa Religión, como un hombre no se hace fraile por el simple hecho de vestir un sayal.

Es preciso que sea católica el alma que en la obra de arte palpita, para que esta se pueda decir genuinamente cristiana. Y el ambiente cristiano no es susceptible de impregnar apenas un edificio destinado al culto, sino cualquier lugar que tenga en su configuración la marca inconfundible con que el alma cristiana expresa todo cuanto hace. ❖

(Extraído de Catolicismo nº 24, diciembre de 1952)



Gabriel K.



Gabriel K.

Flávio Lourenço

San Luis Rey



Pedro Morais



Gabriel K.



Coronación de la Virgen María – Museo Capitolino, Roma

Regina Angelorum

Nuestra Señora fue instituida Reina de toda la Creación y Dios le dio, de hecho, el gobierno del Universo en el cual se insieren los espíritus celestes. A pesar de que, por la naturaleza, los Ángeles son superiores a Ella, le obedecen, cumpliendo su santísima voluntad en todo.

Por eso, María es invocada por la Iglesia, en la Letanía Lauretana, como Regina Angelorum. Ella, una simple creatura, del sexo femenino, fue elevada a Reina de los Ángeles por ser Madre del Verbo Encarnado. Dios desafió, así, el sentido de jerarquía de sus creaturas.

Una parte de los espíritus angélicos se rebeló y satanás fue lanzado a las profundidades del Infierno por San Miguel Arcángel. De esta manera, el Reino de los Cielos quedó, para siempre, libre de aquella escoria, quedando allí sus tronos resplandecientes a la espera de que sean ocupados por nosotros, hijos de la Iglesia, cuando seamos llamados por Dios. ¡Qué belleza!

(Extraído de conferencias de 29/5/1964 y 22/12/1979)